

“LA CARRETA VACÍA”

«Caminaba despacio con mi padre, cuando él se detuvo en una curva y, después de un pequeño silencio, me preguntó: “Además del canto de los pájaros, ¿escuchas alguna cosa más?”. Agucé el oído y le respondí: “Oigo el ruido de una carreta”. “Eso es —dijo mi padre—, una carreta, pero una carreta vacía”. Pregunté a mi padre: “¿Cómo sabes que está vacía, si aún no la hemos visto?”.

Entonces mi padre respondió: “Es muy fácil saber cuándo una carreta está vacía, por el ruido. Cuanto más vacía va la carreta, mayor es el ruido que hace”.»

¿Verdad que esta antigua parábola es muy iluminadora? Cuando imaginamos el paso de una carreta llena de carga, esforzada, silenciosa, un poco hundida por el peso que lleva, esa imagen nos transmite una sensación de plenitud y de silencio. Y algo parecido sucede con las personas.

Hay vidas que están llenas de contenido, de esfuerzo y de sentido. Suelen ser vidas activas y luchadoras, hacen mucho bien, pero hacen poco ruido. Son vidas que no cuadran con los alardes ni con los excesos de protagonismo.

En cambio cuando vemos a una persona hablando demasiado, interrumpiendo la conversación, siendo inoportuna o arrogante, presumiendo de lo que tiene o de lo que es, queriendo intervenir en todas las conversaciones, aunque no sepa a penas nada del tema en cuestión... ¿verdad que da la impresión de oír de nuevo la voz de aquel padre diciendo: “Cuanto más vacía va la carreta, mayor es el ruido que hace”?

La humildad hace poco ruido. Las personas buenas hacen poco ruido. Los buenos corazones

no necesitan de tambores para pregonar su bondad.

Con toda certeza podríamos afirmar que la soberbia es la clave de casi todos los conflictos humanos. Formas de soberbia más visibles o más sutiles, pero siempre está en la raíz de las actitudes que crean problemas. En las personas más simples, se nota enseguida. En las más inteligentes, cuesta un poco más, pues con el tiempo se aprende a disimular.

Además puede adoptar muchas formas, pero casi siempre son variantes de lo mismo: ese afán por dejar constancia del propio mérito, la llamativa situación de quien se siente agraviado constantemente por auténticas simplezas, las desavenencias absurdas por una pequeña cuota de protagonismo o por llevar razón. Todo eso suele estar entretelado por el hilo de la soberbia, y es fácil de identificar con la falta de silencio interior.

El que sabe, suele hablar poco; el que habla mucho, suele saber poco. El que profundiza en las cosas, suele hablar con prudencia y con mesura. Los que hablan a la ligera y hacen juicios precipitados sobre las personas o los asuntos, suelen hablar demasiado. Son personas que con su alma vacía hacen chirriar el ambiente, como las carretas vacías.

Quiera Dios que en un trabajo continuo sobre nosotros mismos, logremos hacer cada día “menos ruido”, y ser personas con mayor hondura y con más humildad, que nos acerca a la verdad.

Fco. Javier Sánchez